LIBRO PRIMERO.

DIVINIDADES DEL CIELO.

CAPÍTULO PRIMERO.

GENERACION DE LOS DIOSES Y ORÍGEN DE LAS COSAS.

El Caos. — Gea, Eros. — Urano. — Saturno devora á sus hijos. — Nacimiento de Júpiter. — Infancia de Júpiter. — Guerra de los Titanes. — El Tártaro. — Formacion del Hombre. — Prometeo. — La caja de Pandora. — Suplicio de Prometeo. — Las cuatro edades del mundo. — Guerra de los Gigantes. — El monstruo Tifon. — Corrupcion del linaje humano. — El Diluvio. — Deucalion y Pirra. — Repoblacion de la tierra.

«Ántes de existir el mar, la tierra y la inmensa bóveda del cielo, era el universo una sola masa sin formas, conjunto inerte y confuso de elementos mal combinados, que fué llamado *Caos;* así comienza su obra el autor clásico de MITOLOGÍA, el poeta Ovidio. El sol no era todavía el luminar del mundo, ni la luna suplía la ausencia de su claridad. No estaba aún la tierra en equilibrio por su propio peso suspendida en el seno del aire, ni el mar extendía sus brazos á lo largo de sus dilatadas riberas. Tierra, mar y aire estaba todo en confusion, y ni la tierra tenía fijeza, ni era el agua navegable, ni el aire transparente. No había elemento que tuviese forma;

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

juntos todos los cuerpos y unos á otros contrarios, los frios, húmedos, blandos ó ligeros combatían y contrastaban á los calientes, áridos, duros ó pesados.»

El Caos, segun la Teogonía de Hesiodo, era el espacio tenebroso, y fué ante todas las cosas; apareció despues Gea ó Titea, ó sea la materia terrestre en vía de formacion, y luégo Eros, el más bello entre los inmortales, á cuyo seductor influjo no resistían los corazones: estos fueron los tres elementos primordiales. El último no produce nada por sí mismo; pero en virtud de su accion tienden á unirse todos los elementos y los séres todos, y esa union engendra la vida. Mediante él, en efecto, procederán sucesivamente todas las cosas del Caos y de Gea, del espacio y de la materia terrestre. Del primero nacen Erebo y la Noche, ó las tinieblas inferiores y superiores, las que, con su union, engendran el Eter y el Dia, luz de las esferas superiores y luz de la atmósfera terrena. De la segunda nace Urano, el cielo estrellado, cuya bóveda la envuelve enteramente y habrá de servir de mansion á los dioses inmortales. Engendra luégo á Atlas, las altas montañas, y al abismo de los mares, llamado *Pontos* por el poeta.

Gea ó Titea se enlaza con Urano para dar la existencia á los demas elementos, y su himeneo, muy celebrado por la poesía griega, es el orígen de la vida universal. De su union nacieron el Océano, rio de los rios, rio inmenso cuya ancha corriente, de la que nacen las fuentes, los rios, el mismo mar, rodea tierra y agua, y es límite de todo lo visible, y luégo otros Titanes en número de doce, seis varones y seis hembras, entre aquellos Jafet, el progenitor del linaje humano. Fueron igualmente sus hijos Cronos ó Saturno (el Tiempo) y Rea ó la Tierra, que despues se unieron á su vez. De Gea nacieron ademas los tres Cíclopes primitivos y tres monstruosos y gigantescos séres, por nombres Kotto (el furioso), Briareo (el vigoroso) y Gyes (el membrudo); su cuerpo deforme tenía cincuenta cabezas y estaba armado de cien brazos.

Sin embargo, Urano que tan considerable parte ha tenido en la obra de la creacion, quiere, en un momento dado, detenerla, y á proporcion que le nacen nuevos hijos sepúltalos en las entrañas de la tierra. Irritada Gea por tamaña crueldad, arma contra su esposo al mayor y más sagaz de sus hijos, á Saturno; sorprende éste á su padre, y con la guadaña que le diera Gea le hiere y le mutila. La sangre que de la herida cayó en la tierra engendró las Furias y los Gigantes; de la blanca espuma que levantó la que cayó en el mar nació Vénus. El imperio de Saturno ó el Tiempo iba á comenzar.

Entónces los Titanes, las fuerzas primordiales encadenadas por Urano, recobran la libertad, y nuevas generaciones divinas se agregan á las ya existentes. De la union de Pontos y Gea proceden cuantas divinidades personifican las fuerzas y los variados aspectos del mar, de los rios y las fuentes. De la Noche nacen la Muerte, el Sueño, las Parcas, Nemesis, el Fraude, la Senectud, la Discordia, y ésta á su vez engendra el Trabajo, el Dolor y los Combates.

Al destronar Saturno á su padre predíjole éste que á su vez sería destronado y expulsado por su hijo; y en efecto, el segundo señor del universo experimenta igual suerte que el primero, y la historia mítica de Urano se reproduce con poca variacion en la de Cronos ó Saturno. Tambien éste quiere oponer obstáculos á la difusion de la vida, y cuantos hijos le daba su mujer Rea (identificada despues con Cibeles) eran luégo de nacidos por él devorados: imágen del tiempo que consume y acaba todas las existencias terrestres. Sin embargo, aquel periodo de destruccion llegó á su término: de Rea había de nacer un hijo para el cual no tuviese fuerza alguna la accion devoradora del tiempo, que triunfara de la muerte y para siempre reinara en el universo. Cinco veces había llorado Rea su fecundidad malograda: Vesta, Céres, Juno, Pluton y Neptuno habían sido sucesivamente devorados por su padre cruel, quien los conservaba en sus entrañas, cuando al nacerle el sexto hijo, Júpiter (en griego *Zeus*), imaginó la madre infeliz presentar á la voracidad de su esposo una piedra envuelta en pañales.

Fig. 5. — Estratagema de Rea. (Bajo relieve antiguo, museo Capitolino).

Su estratagema tuvo felicísimo resultado: Saturno devoró la piedra, y Rea, protegida por las sombras de la noche, llevó á la isla de Creta el recien nacido, el cual fué amparado por Gea y ocultado en una caverna en las sombrías selvas del monte Ida. Y no paró aquí la ventura de Rea, sino que por medio de un brebaje que le proporcionara Metis ó la Sabiduría, logró que Saturno devolviera á la luz los cinco hijos que había devorado ántes, y la piedra que tragara cuando el nacimiento de Júpiter. «Éste, dice Hesiodo, la fijó en tierra, al pié del Parnaso, para ser un dia á los ojos de los mortales el monumento de tan grandes maravillas.» Sin embargo, otras tradiciones aseguran que Neptuno y sus hermanos habían sido salvados por Rea valiéndose de un recurso parecido al últimamente empleado para burlar la saña de Saturno.

Comienza ahora un periodo de resistencias y combates entre los séres divinos entónces existentes. Los Titanes, hermanos de Saturno, no llevaron á bien, dice la tradicion griega, que se hubiesen salvado los hijos del último, con violacion del pacto celebrado para no ser privados de la herencia de Urano, y le movieron guerra y le vencieron, hasta que de nuevo se encendió el combate al salir en defensa de Saturno Júpiter y sus hermanos.

En efecto, Júpiter había crecido entre los solícitos cuidados de las ninfas del Ida, y en especial de Adrastea, que fué la guardadora de sus primeros años; todos los séres de la montaña velaban sobre el divino niño, y contribuyeron á su prodigioso crecimiento: las abejas destilaban para él su miel más dulce, por lo que, agradecido, les confirió el privilegio de arrostrar impávidas los vientos y las tempestades, y matizó sus cuerpos con doradas tintas; la cabra Amaltea le daba su leche, y habiendo roto este animal uno de sus cuernos contra un árbol, y presentándolo una ninfa lleno de frutos y flores á los labios de Júpiter, desde entónces fué aquel el *Cuerno de la abundancia*, símbolo de la fecundidad; á Amaltea llevóla al cielo entre las constelaciones, y su piel cubrió el escudo del dios, que, con el nombre de *Égida*, hacía invencible al que lo usaba. Segun otras tradiciones, el niño dios no se alimentó de leche como los hijos de los hombres, sino del inmortal manjar llamado ambrosía y de la divina bebida á la que se daba el nombre de néctar. Palomas procedentes de los confines del Océano llevaban la ambrosía á la caverna del Ida, y un águila presentaba en su pico el néctar al futuro soberano de los dioses. A fin de que Saturno no oyese el llanto del recien nacido, cuenta la fábula que los *Curetas*, sacerdotes de Rea, golpeaban

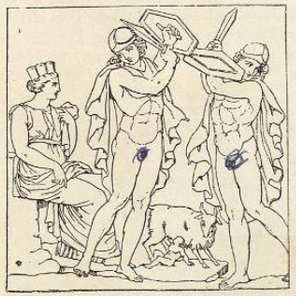

Fig. 6.—Júpiter y los Curetas. (Bajo relieve antiguo).

con las espadas sus escudos en una especie de baile guerrero. Este fué el orígen de la danza llamada Pírrica.

Júpiter y sus hermanos Neptuno y Pluton acudieron pues á atajar el paso á los Titanes, y situados los primeros en el monte Olimpo y en el monte Othrys los segundos, hacía diez años que se fatigaban en encarnizada lucha que parecía, tan reñida era, no haber de concluir jamas. Con los olímpicos estaban los hijos de Urano Témis, la justicia, y Mnemosina, la memoria ó lo pasado, que había de perpetuarse en lo futuro; al lado de los Titanes peleaban sus numerosos descendientes. En lo más recio de la pelea Júpiter apela al auxilio de los Cíclopes y de los tres gigantes Kotto, Briareo y Gyes, encadenados por Urano, y su llegada decide en su favor la victoria. Los Cíclopes forjan el rayo que estaba oculto en el seno de la tierra y lo ponen en manos de Júpiter; entregan á Neptuno el tridente y á Pluton maravilloso yelmo que le hace invisible, y la pelea se enciende furiosa como nunca, disparándose de uno á otro monte enormes peñas; de pronto Júpiter vibra el rayo y retumba el trueno. «La tierra fecunda, dice Hesiodo, arde y tiembla; las dilatadas selvas se encienden, y las corrientes del Océano y la mar inmensa, todo hierve. Al rededor de los infernales Titanes se difunde sofocante vapor; sus encendidas miradas no resisten y palidecen ante los fulgores del rayo. A juzgar por lo que veían los ojos y los oidos oían hubiérase dicho que tierra y cielo se confundían, la una conmovida en su base, desplomado el otro de su altura. ¡Tal era el horrible estrépito de la lucha que sostenían los dioses! Y al propio tiempo levantaban los vientos densos torbellinos de polvo, y con los rayos y los truenos, dardos del gran Júpiter, con los clamores y el tumulto del combate los arremolinaban entre ambos ejércitos.» Por fin el triunfo quedó por Júpiter; sus aliados, los tres gigantes, lanzaron trescientos peñascos sobre los Titanes, quienes, arrollados y vencidos, fueron precipitados al Tártaro.

Lactancio, tomándolo de Ennio, quiso explicar históricamente esta tradicion diciendo que los Titanes, rebelados contra Saturno y su familia, tuvieron á éstos cautivos hasta que Júpiter, llegado á la edad viril, libertó á sus padres y hermanos, y arrolló á los Titanes hasta los campos más occidentales de España.

Divídese el Universo en tres zonas: en medio está la tierra; en la parte superior el cielo y el éter; en la más baja el Tártaro tenebroso, cárcel de los dioses vencidos, region inferior del mundo, que forma completo contraste con el Olimpo, la region superior y luminosa donde, conforme verémos, vivirán los dioses triunfales. «Si un yunque de bronce fuese precipitado del cielo, dice Hesiodo, estaría cayendo por espacio de nueve dias y nueve noches, y no llegaría á la tierra hasta la décima aurora. Cayendo de la tierra, descendería así mismo otros nueve dias y otras nueve noches, y solamente á la décima aurora penetraría en el Tártaro.» Allí, en aquella region húmeda y desolada, llena de densos vapóres, sumida en noche perpétua, quedan encerrados los Titanes; su cárcel está rodeada de un muro de bronce cerrado por puertas fabricadas por Neptuno, cuyos umbrales no pasarán jamas. Los tres gigantes centimanos sus vencedores las custodian. «Inmenso abismo, añade aquel poeta, á cuyo fondo no podría llegarse ni en un año, y donde reinan constan-

temente impetuosos torbellinos.» Sobre el Tártaro se levantan los cimientos de la tierra y del mar; debajo de él están los límites postreros de las cosas.

Atlas, vencido como todos los suyos, no participó de su suerte, sino que en las comarcas más occidentales de la tierra fué condenado á sostener eternamente sobre sus hombros la bóveda celeste.

Alcanzada por Júpiter y sus aliados la memorable victoria, Saturno recobró la libertad y, al parecer, el supremo imperio. Entónces, al paso que crecieron las ge-

Fig. 7.— Prometeo formando el hombre. (De un bajo relieve antiguo).

neraciones divinas, concluyó la formacion del universo. «Los astros brillaron en el cielo con sus ígneos resplandores... los peces tuvieron por su dominio las aguas; la tierra recibió toda clase de animales silvestres, y las aves hendieron las regiones del aire. Pero faltaba todavía un sér más noble que, dotado de inteligencia, mandara á

todo lo creado, y nació el hombre. Ya fuese que el soberano criador que organizó el universo lo formase con una ciencia divina; ya la tierra, vírgen aún y hacía poco disgregada de las nebulosidades superiores del éter, retuviese todavía una simiente celeste, ello fué que el hijo de Jafet mojóla con el agua de un rio, la amasó dándole

Fig. 8. — Formacion del hombre por Prometeo. (De un bajo relieve antiguo).

la forma de los dioses, árbitros del mundo; y al paso que los demas animales tienen la faz inclinada al suelo, alzó la frente del hombre y ordenóle contemplar el cielo y fijar en los astros la mirada. A favor de esta metamorfosis, la materia, grosera é informe, tomó la figura humana, no vista hasta entónces.» (Ovidio).

Prometeo, hijo del titan Jafet y de Asia, hija del Océano, fué el maravilloso artífice á quien atribuye el poeta la magnífica obra. Pero si en todos los monumentos antiguos aparece Prometeo como el modelador material del hombre, el animarle y darle vida corresponde en ellos á Minerva (la Sabiduría divina) cuya proteccion y favor aquel posee. En antiguos bajo relieves vése á Prometeo dando la última mano á la estatua de un hom-

MARTE.

Copia de un cuadro de Velazquez (Museo del Prado-Madrid)

bre ó de un niño, á la cual Minerva pone sobre la cabeza la mariposa, símbolo que en la antigüedad era del alma.

Fig. 9.—Prometeo modelando el hombre. (Piedra grabada antigua).

Prometeo había recibido el don de profecía, y los dioses le consultaban como á un oráculo; de él aprendieron los hombres, segun la tradicion griega, las virtudes de las plantas, y le veneraron como inventor de las artes. En él ha de verse la representacion de la humanidad activa, inteligente y al propio tiempo soberbia hasta querer igualarse con los dioses, tanto que en un litigio suscitado entre estos y los hombres primitivos para determinar la porcion respectiva en el reparto de los bienes del mundo, de que muy vagamente hablan los poetas, eco muy debilitado en esto de la verdad bíblica, Prometeo se puso de parte de los hombres é intentó en Mecone (Sycione) burlar al padre de los dioses dejándole la peor y tomando para sí la mejor. «Dividió en dos pedazos un buey enorme, refiere el viejo Hesiodo, contemporáneo de Homero y poseedor de las verdades primitivas en su más remota fuente mitológica; formaban el uno la carne y lo más sabroso de su cuerpo envuelto todo en el pellejo, y el otro, mucho mayor, los huesos mondos y lirondos cubiertos con pérfida habilidad de una gran capa de reluciente grasa. Al verlo el padre de los dioses y de los hombres le dijo: —Hijo de Jafet, ilustre entre todos los reyes, amigo, desiguales por demas has hecho los lotes.— Prometeo, riendo para sus adentros al mirarle tan confiado, le rogó que escogiera, y habiendo Júpiter elegido la parte mayor, quedóse únicamente con los huesos.»

Irritado Júpiter por el engaño ocultó á los mortales los secretos de la vida y les privó del *fuego inextinguible;* mas el hijo del Titan, sin darse por vencido, robó, segun la tradicion seguida por Eschilo, una chispa del celeste fuego que ardía en las fraguas de Vulcano, en la isla de Lemnos, ó segun otra version, encendiendo su antorcha en el disco del sol. «El temerario hijo de Jafet, con punible fraude, dice Horacio, robó al cielo el fuego é hízolo patrimonio de las gentes. Una vez salida la llama de su mansion etérea, las enfermedades invadieron la tierra con su cortejo de ignorados males, y la muerte, hasta aquel dia necesidad lenta y tardía, precipitó sus pasos.»

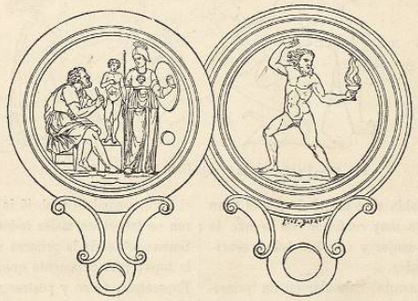

Fig. 10.— Prometeo llevando el fuego á los hombres. (De una lámpara antigua).

Burlado otra vez Júpiter, y enfurecido al ver robado á la Divinidad su secreto, dice la tradicion, decidió castigar severamente á los hombres y á su protector. «Hijo de Jafet, exclamó, néciamente te envaneces por haber robado el fuego divino y burlado mi sabiduría; tu accion ha de ser en alto grado fatal á tí y á los hombres venideros; para su castigo les enviaré un funesto presente que ha de regocijarles hasta lo más íntimo del alma, adorando ellos lo que será su azote.» Dijo, y dispuso que Vulcano, dios del fuego, mezclando tierra y agua, formase una vírgen de seductora hermosura; formada que fué, Minerva la vistió de blanca túnica; adornó su cabeza con un velo ingeniosamente dispuesto y su frente con guirnaldas de flores recien cogidas y una diadema de oro; hízole además presente de la inteligencia y le enseñó las habilidades propias de su sexo. Vénus le comunicó el pérfido encanto

que engendra los amorosos afanes. Mercurio le otorgó el arte de los falaces discursos; las Gracias le regalaron gargantillas de oro, y al ser así presentada á la asamblea

Fig. 11.—Pandora entre Minerva y Vulcano.

de los dioses quedaron todos transportados de admiracion. «¡Prodigio funesto, exclama Hesiodo, fatal maravilla, hermosísimo mal!» Júpiter le puso por nombre Pandora, y la envió á la tierra dándole una caja cerrada con prohibicion de abrirla. Así, pues, Pandora, la madre del linaje

Fig. 12.—Pandora dotada por Mercurio y Minerva. (Cuadro de Flaxman).

humano, fué obra de los dioses olímpicos para castigo del

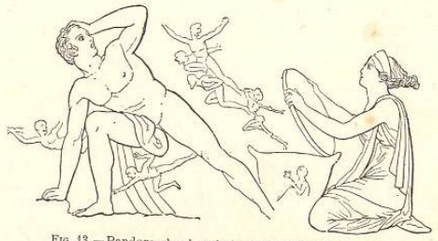

Fig. 13.—Pandora abre la caja fatal. (Cuadro de Flaxman).

hombre, al paso que éste había sido modelado por el titan Prometeo; tradicion es esta muy conforme con lo que la antigüedad opinaba de la mujer y con los dulces sentimientos que su trato engendra.

Prometeo, receloso y astuto, causador en un principio, dice Hesiodo, de todo el mal que cayó sobre los tristes mortales, negóse á recibir á la vírgen y su caja; pero no obró así el hombre por él formado. Epimeteo, mozo y apasionado, dió al olvido el encargo que aquel le hiciera para rechazar cuantos presentes procedieran de Júpiter; recibió en sus brazos á la hermosa compañera, hízola su mujer, y no conoció el mal hasta despues de padecido. De ahí su nombre de Epimeteo, que significa *ver despues, ver demasiado tarde,* en contraposicion al de Prometeo equivalente á *prevision de lo porvenir.* Pandora, cediendo á la curiosidad, desobedeció entónces el divino mandato y abrió la funesta caja. De ella salieron en tropel los males todos y se desparramaron por la tierra; asustada la primera mujer cerró con precipitacion la tapa; pero solamente quedaba en el fondo de la caja la Esperanza, único y postrer recurso de los míseros mortales.

De entónces data la enemistad de los dioses para con los hombres, y no satisfecho aún su rigor, decretaron que por haberse querido igualar con los inmortales, Prometeo fuese encadenado en la cumbre del Cáucaso, donde un buitre de inmensas alas, enviado por el Cielo, se cebara en sus inagotables entrañas: cuanto la fiera devoraba en todo el dia, otro tanto renacía durante la noche. Horrible suplicio al que había de poner fin, segun expresion del mismo infeliz Prometeo en la tragedia de Eschylo, el *adorado hijo de un padre enemigo.* A su tiempo ex-

plicarémos quien fué, segun la fábula, el libertador del encadenado reo [1].

Pero ántes que los males escapados de la caja de Pandora ejercieran su terrible influjo, había reinado en el mundo la hermosa edad que la tradicion apellida de oro, y que nuestro Cervantes, eco de ella, explicó con los siguientes bellísimos conceptos:

«Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entónces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mio.* Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; á nadie le era necesario, para alcanzar su ordinario sustento, tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes rios, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano, sin interes alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas con que se comenzaron á cubrir las casas sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entónces, todo amistad, todo concordia: aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada ofrecía por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar á los hijos que entónces la poseían. Entónces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle, y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan... No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interese... La ley del encaje aún no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entónces no había qué juzgar ni quién fuese juzgado.»

Fig. 14.—La edad de oro. (Cuadro de Flaxman).

Aquella felíz edad, confuso recuerdo del terrenal paraíso, es tambien llamada *Reinado de Astrea,* hija del titan Astreo y de la Aurora. Témis ó Astrea, diosa de la Justicia, descendió del cielo á la tierra para colmar con su presencia la dicha de que entónces gozaban los humanos.

Los moradores del cielo y los habitantes de la tierra, dicen los antiguos poetas, vivían en un principio en una especie de igualdad; admitidos los hombres en el trato y comercio con los dioses, únicamente fueron de ellos excluidos por las faltas á que los arrastraron su presuncion y violencia. «De compañeros y hermanos de los inmortales, dice Homero, quedaron reducidos á vivir temblando bajo su autoridad.»

Y en efecto, aquella primera edad había de ser ¡ay! breve y fugaz, y las generaciones que en ella vivieron convirtiéronlas los dioses en una especie de genios benéficos que vagan entre nubes por la faz de la tierra, velando por los mortales, cuyas acciones observan y cuyas virtudes recompensan.

El buen Saturno fué arrojado del cielo; el poder supremo pasó á Júpiter su hijo, y comenzó la edad de plata. La leyenda es muy poco explícita sobre las causas de este trascendental suceso, y se limita á insinuar maquinaciones del padre contra el hijo, no agradeciendo cual debía el alto beneficio que éste le prestara al guerrear contra los Titanes y vencerlos. Segun la fábula griega, Cronos ó Saturno fué lanzado al sombrío Tártaro, al igual que sus hermanos; la tradicion latina cuenta que el destronado dios se refugió en Italia. Lo que allí le pasó lo explicarémos en su lugar y tiempo.

Júpiter dividió con sus hermanos Neptuno y Pluton el imperio del universo: reservando para sí el del Olimpo, cedió á Neptuno el de los mares, y el de las regiones infernales á Pluton: confuso recuerdo, dicen algunos autores, de los tres hijos de Noé, Sem, Cam y Jafet, de los cuales obtuvo Ásia el primero, África el segundo y el último Europa. Tambien aquella escuela que siguien-

[1] Prometeo, de la familia de los Titanes, perseguido como ellos por Júpiter, se retiró á la Escitia, region del Cáucaso, de la cual no se atrevió á salir durante el reinado de su comun enemigo. El buitre representa el pesar de un hombre ambicioso, reducido á vida miserable en una tierra salvaje. Los Escitas, en efecto, eran en extremo rudos y no tenían leyes ni costumbres. Prometeo, príncipe sabio y culto, enseñóles á llevar más culta existencia, lo que fué causa de que se dijera que había formado el hombre con auxilio de Minerva, diosa de las artes y de la sabiduría. El fuego que robó al Cielo, son las fraguas que estableció en Escitia. Finalmente, si dejó aquel triste país y volvió á Grecia, fué cuando la familia de los Titanes no hubo ya de temer la ira de Júpiter. Con estas palabras, traducidas del *Curso completo de Mitología* de Lefranc, explica la escuela que puede llamarse histórica el mito de Prometeo.

do al filósofo Evemero, quien vivió en el siglo IV ántes de Jesucristo, pretende explicar los principales mitos por medio de una historia olvidada dándoles un carácter puramente humano, supone en Júpiter poderoso monarca de las comarcas griegas que á favor de sus victorias contra los hombres de Occidente, que así considera á los gigantes, llevó su dominacion por medio de sus hermanos, á quienes cedió parte de sus conquistas, hasta los límites de la tierra conocida.

Llegada, pues, la *edad de plata*, el año, en vez de ser perpétua primavera, quedó dividido en cuatro estaciones. «Por primera vez fué abrasado el ambiente por sofocantes calores, y el agua, endurecida por los vientos, permaneció suspendida. Entónces por vez primera las simientes de Céres fueron escondidas en profundos surcos, y los toros sufrieron el yugo.» (Ovidio). Los hombres que en esta edad existieron fueron de mucho inferiores á los primeros. Séres flojos é inertes, su existencia toda se pasó en prolongada y estólida infancia para morir al llegar á la juventud, víctimas de su torpeza é impiedad. Júpiter les hizo desaparecer porque se negaban á honrar á las olímpicas deidades. Tambien ellos se convirtieron en genios, pero en vez de habitar en las regiones de luz, fueron lanzados á subterráneas moradas. Vino luégo la *edad de cobre*, en la que los hombres, de cada dia más feroces, duros de corazon, robustos y violentos, empeñaban entre sí horribles combates, aunque sin llegar jamas al crímen; y por fin la *edad de hierro* que siguió á la anterior, es la época de la corrupcion universal: los males escapados de la caja de Pandora habían acabado por infestar y dominar el mundo. «Todos los delitos inundaron en tropel aquella impía edad; el pudor, la verdad, la buena fé huyeron de ella, y en su lugar reinaron el fraude, el artificio, la traicion, la violencia y la baja sed de oro. Sin conocer bien los vientos el marinero les abandonó sus velas, y los árboles, despues de haber por largo tiempo permanecido en la cima de los montes, transformados ahora en naves, desafiaron un ignorado abismo. La tierra, hasta aquel dia comun á todos como el aire y la luz, miró al desconfiado labrador señalar los lindes de su campo. Y ya era poco pedir á la fecundidad de la tierra las cosechas y los alimentos necesarios, sino que se descendió hasta sus entrañas y desenterráronse los tesoros que tenía ocultos cabe las sombras de la Estigia y que sólo sirven para enconar nuestros males. El hierro homicida, y el oro más funesto aún, eran ya conocidos; fuélo tambien la guerra que de uno y otro se sirve, llenando el mundo de belicoso estruendo. Vivíase de rapiñas; la concordia se hizo rara áun entre hermanos... La virtud fué en todas partes hollada, y la vírgen Astrea, en pos de los inmortales, abandonó las ciudades primero, las aldeas despues y huyó para siempre de la tierra anegada en sangre.» (Ovidio).

A pesar de su altura el imperio de los dioses no gozó de mayor tranquilidad que la tierra; los gigantes, colosos con busto humano y piés de serpiente, nacidos de la Tierra fecundada por la sangre que manara de la herida del mutilado Urano, seguramente imágen de la raza antidiluviana, cruel é impía, le movieron guerra y se prepa-

Fig. 15.—Un gigante. (Piedra grabada antigua).

raron á darle furioso asalto. Para ello pusieron monte sobre monte, Pelion sobre Osa, y lanzaron contra el Olimpo inmensas rocas, encendidas encinas, selvas enteras. Á su cabeza estaban Porfirion, Alcioneo, el terrible Encelado, Polibotes, Efialte, Oto, Eurites, Palas, Clicio y otros ménos renombrados.

A la vista de aquellos temibles enemigos invocó Júpiter el auxilio de todos los dioses; Estigia, hija del Océano, fué la primera en acudir á su voz seguida de sus hijos el Valor, la Emulacion, la Fuerza y la Victoria. Cielo y Tierra resonaron con bélico estrépito de armas, disponiéndose para la terrible y descomunal batalla.

Y aumentaba la ansiedad de Júpiter la existencia de un antiguo oráculo segun el cual habían de ser los gigantes invencibles á no presentarse un mortal en socorro de los dioses. Por consejo de Minerva llamó al Cielo á Hércules, que aunque hijo suyo era mortal; armóle con flechas y maza, y á fin de que la Tierra no le viese ascender al Cielo, Aurora, Luna y Sol recibieron órden de no asomarse al horizonte.

Por un momento los hórridos sonidos que saca Triton, hijo de Neptuno, de su caracol marino segun unos, y segun otros los espeluznantes rebuznos del asno de Sileno, hacen vacilar y huir á los enemigos de los dioses; pero rehechos en breve, comienzan denodados la pelea.

Porfirion ataca á la vez á Júpiter y Juno; fascinado por la belleza de la diosa queda inmóvil, y en el mismo instante cae atravesado por un rayo de Júpiter y un flechazo de Hércules. Este derriba varias veces al colosal Alcioneo; cada vez que el gigante toca con su cuerpo á su madre la Tierra recobra nuevo furor y nuevas fuerzas; pero Hércules, ayudado por Minerva, le arrastra

más allá del círculo de la luna, y allí, desvanecido el encanto, el gigante espira privado del maternal auxilio.

Efialte y Oto, conocidos por los Aloides, hieren á Marte, pero ceden á los golpes de Neptuno y á los tiros de Apolo y Diana; Eurites cae bajo la clava de Hércules, y Vulcano derriba á Clicio al impulso de su maza de candente hierro. Encelado intenta huir, pero Minerva le detiene arrojando á su paso la isla de Sicilia y le sepulta vivo debajo del Etna. Polibotes, huyendo por el mar Egeo, cuyas aguas llegábanle apénas á la cintura, es alcanzado y destrozado por la isla de Cos, que Neptuno lanzara contra él. Agrio y Taon sucumben á los golpes de las Parcas. Minerva dirige su carro contra Palas y le atraviesa con su lanza; cúbrele con su piel y le convierte en piedra, tomando ella su nombre como recuerdo perpétuo de victoria. Mercurio, armado con el casco de Pluton, triunfa de Hipólito; pero los gigantes, á pesar de sus pérdidas, resistían aún: Adamastor, á falta de otro proyectil, agotadas las peñas, los montes y las selvas, arrojó contra los dioses al petrificado Palas; pero toda resistencia cesó y la victoria quedó decidida cuando Júpiter

Fig. 16.—Júpiter aniquila á los gigantes. (Piedra grabada antigua).

llevó su carro contra sus obstinados enemigos, y armada su diestra con el rayo no se dió punto de reposo. Entre el pavoroso fulgor de las centellas y el fragor horrible del trueno, fueron los gigantes precipitados al Tártaro, cuyos ámbitos resonaron con sus espantosos rugidos.

Vencidos los gigantes parecía que el universo había de quedar pacificado y sometido á los olímpicos dioses; pero no fué así: la Tierra, unida al Tártaro, por un postrer esfuerzo de su monstruosa fecundidad, dió al mundo un nuevo titan al que Hesiodo llama Tifon. «Sus vigorosas manos estaban en contínuo movimiento, y sus piés eran infatigables; de sus gigantescas espaldas arrancaban cien cabezas de dragon; sus numerosos ojos lanzaban torrentes de llamas, y era su voz tan rara y á veces tan penetrante que ni los dioses podían oirla sin temblar; ya pronunciaba el lenguaje que los inmortales entienden, ya era el bramido de indomado toro, ya el rugido de furioso leon, y de cuando en cuando ¡oh prodigio! dejaba oir los ladridos del perro ó agudísimos silbidos que llevaban el terror á llanuras y montañas. A no adivinar el padre de los dioses sus proyectos habría usurpado el imperio sobre los hombres y sobre los inmortales.» (Hesiodo).

Moraba el monstruo en una caverna de Cilicia, llena de emponzoñados vapores; su cabeza llegaba á los astros, sus manos tocaban á la aurora y al ocaso. Rugiendo sin cesar lanzaba al cielo inflamadas rocas; torrentes de fuego salían de sus enormes fauces, y cuando al fin arremetió contra la olímpica mansion, los dioses asustados, tomando el cuerpo de toda clase de animales, emprendieron la fuga á Egipto. En aquella forma los conocieron los egipcios, y esto explicaba, decían los griegos, la que en aquel país adoptó el arte para representar á los inmortales.

Júpiter, sin embargo, se presentó al combate secundado por Baco, y la pelea se empeñó en el monte Cassio, en region de Siria. Miéntras el monstruo estuvo á distancia del rey del cielo, pudo éste hostilizarle con redoblados rayos; pero el hijo de la Tierra acabó por llegar hasta él, y derribándole, cortóle manos y piés, y envueltos en una piel de oso, llevólos á su antro, cuya custodia confió á otro monstruo por nombre Delfina, con busto de mujer y cuerpo de dragon. Á la aguda voz de Tifon acudieron cual nube, oscureciendo la luz del dia, todos los dragones anhelosos de mover guerra al señor de los dioses.

Mercurio y Pan, que corrían desalados en busca del rey del Olimpo, halláronle en fin en aquel lamentable estado. Disfrazados de pastores y apoyados contra un árbol hechizaron al monstruo con los suaves sonidos de su flauta, miéntras que Júpiter, oculto entre una nube recobraba sus miembros y sus rayos; montando entónces en un carro que le dispusieron sus salvadores, tirado por dos alados corceles, arremetió otra vez con nuevo vigor al sorprendido Tifon, y le obligó á retirarse hasta el monte Nysa. Hambriento como estaba fué fácil á las Parcas burlarle, dándole á comer una fruta que disminuyó su fuerza; huyendo siempre llegó al monte Hemo, en Tracia, que tomó su nombre de la sangre con que lo anegó, y despues de intentar allí suprema lucha, vióse arrollado hasta Sicilia é Italia. Por fin, reuniendo Júpiter todas sus fuerzas y precedido de rayos y truenos redujo á polvo las enormes cabezas del monstruo, el cual, vencido y anonadado por redoblados golpes, cayó mutilado, resonando por todo el ámbito de la tierra el estrépito de su caída. La tradicion helénica dice haber sido sepultado bajo el enorme peso de la region volcánica que se extiende del Vesubio al Etna. Hijos de Tifon y de Echidna, otro monstruo con busto de mujer jóven y bella y el resto del cuerpo escamosa serpiente, fueron el can de tres cabezas conocido por *Cerbero*, custodio de los infiernos; la Hidra de Lerna, la Quimera, la Esfinge, el leon de Nemea, el dragon de las Hespérides, el buitre de Prometeo, y cuantos monstruos representaron el mal y el dolor encarnizados contra la humanidad.

La lucha de Tifon contra Júpiter es el último acto

de resistencia de las fuerzas violentas del mal contra el poder soberano del bien. Los Titanes y Gigantes cautivos en el Tártaro no quedaron destruídos; pero reducidos á la impotencia no habían de volver jamas al goce de la luz del dia. En adelante cielo y tierra acatarán á un Dios soberano: Júpiter es la inteligencia suprema que dirige el universo, que mantiene el equilibrio entre sus partes y que vela por la conservacion del órden moral lo mismo que del órden físico.

Entónces, con la época de la victoria, llegaron tambien los dias de cólera y castigo, y la raza impura, audaz é impía que moraba en la tierra y que tomara parte en las guerras con que Titanes y Gigantes habían amenazado á los dioses, fué destruida por universal cataclismo del cual han conservado memoria las religiones de todos los pueblos. «Cuando desde su elevado trono, cuenta el poeta, miró el hijo de Saturno los delitos de los mortales, suspiró y sintió inmensa cólera, una cólera digna de Júpiter. Convocó á consejo á los dioses; todos acudieron puntuales... Júpiter, teniendo en la mano su cetro de marfil, agitó tres ó cuatro veces su terrible cabellera, lo que conmovió en sus cimientos la tierra, el mar y los astros, y en seguida exhaló con estas palabras su indignacion:

—El imperio del mundo no me causó la viva inquietud que hoy experimento ni áun en la época funesta en que los Gigantes levantaban sus fornidos brazos contra el cielo. Temible era sin duda el enemigo; pero no tenia delante de mí más que una raza, y un principio sólo era la causa de la guerra; al paso que hoy, en todas las regiones donde resuenan las ondas del Océano, hállome en la necesidad de aniquilar al linaje humano; lo juro por los rios infernales que bañan las selvas de la Estigia. Todo lo he intentado; mas la herida es incurable, y preciso es aplicar á ella el hierro á fin de preservar del mal la parte sana. Bajo mis leyes están los semi-dioses, las divinidades rústicas, las ninfas, los faunos, los sátiros, los silvanos de los montes; y aunque no los juzgo dignos todavía de los celestiales honores, han de poder habitar cuando ménos la tierra que en lote les ha caído. ¿Pero cómo podréis creerlos, oh dioses inmortales, libres de peligro, cuando yo, el soberano del rayo, yo, que ejerzo sobre vosotros autoridad suprema, me he visto expuesto á los golpes del feroz Licaonte?

«Los dioses se estremecieron, y pidieron á una el castigo del culpado... Luégo que Júpiter, con la voz y el gesto hubo acallado sus murmullos y hubieron todas las voces enmudecido ante su majestad soberana, continuó diciendo: —Sobre el culpado ha caído la pena merecida; no abrigueis acerca de esto la menor zozobra. Quiero, sin embargo, deciros su maldad y su castigo. La noticia de los excesos del mundo había llegado hasta mí: el deseo me la hizo creer exagerada, y con objeto de visitar la tierra descendí del Olimpo y oculté mi divinidad bajo la forma humana. Larga tarea sería enumerar los crímenes que ví por todas partes: la fama había quedado muy por debajo de la realidad.

«Traspuesto había la region de Menala, horrible antro de fieras, la de Cilene y los frescos pinares de Liceo, cuando al caer de la tarde penetré en el inhospitalario palacio del soberano de Arcadia. Apresuréme á anunciar la presencia de un dios, y en tanto el pueblo comenzó á ofrecerme incienso y preces reíase Licaonte de su piadoso homenaje. En breve, dijo á poco, sabré por infalible manera si es el recien llegado dios ó mortal, y la verdad del caso quedará patente. Y miéntras por la noche estaba yo entregado al sueño quiso asesinarme. Con este medio pensó penetrar la verdad; pero luégo, pareciéndole aún poco, dió muerte á un infeliz que como rehen le habían dado los Molosos, hizo hervir parte de sus palpitantes miembros y asar la otra á fuego lento; mas apénas húbome servido tan abominable manjar, mi rayo vengador derribó su palacio y sus penates dignos de tal dueño; huyó él despavorido, y entre la quietud de los campos prorumpió en rugidos, esforzándose vanamente en hablar. Llevado por su furor y sed de sangre, lanzóse sobre los ganados; sus vestidos trocáronse en vello, sus brazos en patas, y convertido en lobo conservó sin embargo vestigios de su primitiva forma: igual color, igual violencia en los ademanes, igual fiereza en la mirada, igual aspecto de ferocidad. Hasta aquí una sola mansion ha sido destruída, pero son muchas las que habrían debido desaparecer. La maldad reina en toda la extension de la tierra; los mortales se han entregado al crímen: padezcan pues todos la pena merecida. Esta es mi irrevocable sentencia.

«Algunos dioses aplauden las palabras de Júpiter. Otros las aprueban con su silencio, por más que el aniquilamiento del linaje humano cause en todos general sentimiento. ¿Qué será de la tierra privada de sus habitantes? ¿Quién quemará incienso en sus altares? ¿Quiere Júpiter entregar el mundo á la devastacion de las fieras? A tales preguntas contesta el dios tenerlo presente todo; les tranquiliza, y les anuncia una raza de hombres distinta y de orígen prodigioso.

«Disponíase ya á lanzar sus rayos por todas las comarcas de la tierra; mas temiendo que tanto fuego inflamara la sagrada mansion de los dioses y abrasara de polo á polo el mundo... adoptó otra clase de castigo, cual fué sumergir al linaje humano bajo las aguas que caerían de todos los puntos del cielo. Confina á los antros de Eolia el Aquilon y aquellos vientos que disipan los nublados, y únicamente consiente el hálito del Noto. Extiende éste sus húmedas alas: densas nubes ofuscan su terrible semblante; de su barba penden blancas nieblas; el agua chorrea de su cana cabellera, y apénas estruja con su ancha mano las suspendidas nubes, caen á la tierra torrentes de agua... El afligido labrador mira sus campos devastados, sus esperanzas destruidas, y el trabajo de todo un año en un instante se desvanece.

«La cólera de Júpiter no se contiene dentro de los recursos de su imperio, y su hermano Neptuno le presta el auxilio de sus ondas... El dios de los mares hiere con su tridente la tierra, y, conmovida, ábrense sus inmensas cataratas. Corren por los campos los desbordados rios, arrastrando en desordenada confusion los árboles, las mieses, los ganados, las casas con sus habitantes, los templos de los dioses y los objetos sagrados. Si algun edificio resiste al ímpetu de las corrientes, cúbrelo el agua, y hasta las más altas torres desaparecen anegadas.

«Tierra y agua no ofrecen ya diferencia: todo era mar, y un mar sin riberas. Corren unos á la montaña en busca de un asilo, refúgianse otros en barcas, y mueven el remo en los mismos sitios donde ha poco guiaban el arado; ese navega sobre sus mieses y su cabaña derribada; aquel halla un pez en la copa de un roble. Donde pacía poco ántes la cabra ligera, descansan ahora los monstruos del mar; las Nereidas se admiran al ver en el espejo de las aguas selvas, ciudades y campiñas. Los delfines habitan en los bosques; nada el lobo entre los corderos; tigres y leones pasan juntos arrastrados por la inmensa ola; no ampara al jabalí su fuerza ni su agilidad al gamo, y despues de inútil porfiar en busca de una rama donde reposar las cansadas alas, caen las aves en el inmenso mar y en él perecen. Los más altos collados van abismándose en las aguas, las que, creciendo siempre llegan á batir la cima de los montes, y cuantos hombres sostenían aún los prolongados tormentos del hambre mueren al fin por ellas devorados.» (Ovidio).

Sin embargo, había entre los mortales un hombre justo, por nombre Deucalion, príncipe de Tesalia, y Júpiter quiso conservarle en vida, lo mismo que á Pirra, su esposa, muy temerosa de los dioses. En frágil barquilla pudieron desafiar por espacio de nueve dias con sus noches las aguas del diluvio, hasta que llegado el décimo sol abordaron al monte Parnaso, segun unos, al monte Athos, segun otros. Dada por Neptuno á Triton la órden de hacer resonar su estrepitoso cuerno, vuelven los rios á sus cauces y el mar á sus riberas; la tierra reaparece poco á poco, y al parecer vá elevándose á proporcion que las aguas bajan. Al mirarla Deucalion desierta y silenciosa no pudo contener el llanto y entre sollozos dijo á Pirra: «¡Oh hermana! ¡oh esposa! única mujer librada de la muerte; parentesco é himeneo nos unieron ántes; nuestro comun infortunio debe de unirnos hoy con lazada aún más estrecha. A cualquier lado que dirija el sol sus miradas, sólo á los dos nos ve en la tierra; únicamente tú y yo vivimos de la raza de los mortales. Así lo han querido los dioses.» Mercurio, por encargo de Júpiter, devuelve vigor á su abatido espíritu, prometiéndole que su primer deseo sería cumplido, y éste fué la renovacion del linaje humano. Prosternados ambos esposos en las gradas del templo de Témis, cuyos altares encontraron cubiertos de musgo y sin fuego, pidiéronlo con fervor á la diosa; una voz desde el santuario les dijo estas misteriosas palabras: «Salid del templo, velad vuestra frente, soltad los cintos y arrojad por encima de la espalda los huesos de vuestra abuela.» Perplejos por algun tiempo, resistíase Pirra á profanar los manes de la madre de su madre, cuando Deucalion cayó en la cuenta de que su abuela habría de ser la Tierra y sus huesos las piedras. Cumplieron pues el mandato de la diosa, y las piedras que tiró Deucalion se convirtieron en hombres, y en mujeres las que arrojó Pirra.

De este modo fué repoblada la tierra.